

Un deseo ardiente y un conocimiento reconfortante

Por Pastor J. Karels

203:1-3

163:1

Lay Ley – 431:4

Salmo 106:1-12

290:1-5

221:1,3

241:1,2,5

Querida congregación, con la ayuda del Señor, nos gustaría centrar nuestra atención esta mañana en el Salmo 106, los versículos 4 y 5:

Acuérdate de mí, oh Jehová, en Tu benevolencia para con Tu pueblo; visítame con Tu salvación, para que yo vea el bien de Tus escogidos, para que me goce en la alegría de Tu nación y me gloríe con Tu heredad.

Nuestro tema es:

Un deseo ardiente y un conocimiento reconfortante

Dos pensamientos:

1. Un deseo ardiente
2. Un conocimiento reconfortante

1. Un deseo ardiente

No conocemos quién es el autor del Salmo 106. Pero una cosa es cierta: sus palabras revelan quién es. Está adornado con la gracia. ¡Qué grande es esto!, pues por naturaleza no estamos adornados con la gracia. Por naturaleza, tú y yo yacemos en medio de la muerte, y no podemos entrar en el reino de Dios a menos que nazcamos de nuevo. Aunque no conocemos su nombre, es más importante para

nosotros saber que Dios, el Espíritu Santo, fue el poeta, porque toda la Escritura es dada e inspirada por Dios.

Aquí vemos la reverencia del poeta hacia el Señor. Sabe que depende del Señor. Y eso también es significativo, pues, aunque profesemos que Dios reina, a menudo seguimos nuestro propio camino. Aquí hay alguien que necesita al Señor.
¡Acuérdate de mí!

¿Cómo nos va a nosotros, congregación? ¿Podemos seguir viviendo sin Dios? Aunque estamos bajo la verdad, aunque estamos bautizados o seamos miembros profesos de la congregación, ¿podemos seguir prescindiendo de Dios, a pesar de que solo Él es la fuente de la salvación?

¡Acuérdate de mí! ¿Cuál es la razón por la que el poeta clama así? No se indica en nuestro texto, pero hay una pista en el versículo 6. Allí leemos: *‘Pecamos con nuestros padres, hicimos iniquidad, hicimos impiedad.’*

¡Eso es una confesión! Sí, es más que una confesión. Es la experiencia del poeta. Todos tenemos esta confesión, tú y yo. No hay nadie aquí que niegue que hemos pecado. Al fin y al cabo, eso es lo que oímos cada domingo y lo que nos dice la Palabra de Dios. Pero, ¿qué significa eso para nosotros personalmente? ¿Alguna vez nos quedamos despiertos por la noche, dándonos cuenta de que hemos ofendido gravemente a Dios y de que nos hemos desviado del camino de la salvación? Este poeta, sin duda, sí lo hizo. *Pecamos*. Y cuando eso se experimenta en lo más profundo del ser, se vuelve aún más personal; entonces se convierte en: *‘Contra Ti he pecado, Te provoqué en Tu rostro. Tu gran juicio justo es, espero Tus bondades’* (Salterio 140)

¡Acuérdate de mí! Escuchamos aquí la misma súplica que la del ladrón en la cruz: *‘Señor, acuérdate de mí cuando vengas en Tu reino’*. (Lucas 23:42). Aquel hombre también se había dado cuenta de que había pecado. *‘Y nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas este ningún mal hizo.’*

Pecamos. Cuando un alma ha pecado y se encuentra sumida en el abismo de la desesperación, no puede haber otro resultado que un grito desde lo más profundo: ¿no hay ninguna posibilidad de librarnos de estas penas y reconciliarnos con Dios? (HC Domingo 5). Cuando tal alma experimenta espiritualmente que existe ese camino de escape, que no hay otro Nombre dado bajo el cielo por el cual él deba

ser salvado, que la salvación está fuera de sí mismo, en Aquel que es blanco y sonrosado, ¿a quién más podría acudir?

Oh, el poeta sabe que ha pecado. Pero eso no le lleva a huir de Dios. Le lleva a postrarse a los pies del Señor. Sabía por experiencia que el Señor desea ocuparse de los pecadores. Dios habita, en verdad, en las alturas y en el lugar santo, pero también con aquellos que tienen un espíritu contrito y humilde. Aquel hombre comprendió bien lo que leemos en el Salmo 86:5 – *‘Porque Tú, Señor, eres bueno y perdonador, y grande en misericordia para con todos los que te invocan’*.

¿Hay aquí también personas que no pueden mantener viva su propia alma y que pueden identificarse con las palabras del poeta: *¿Acuérdate de mí?* ¿Hay personas que, en la angustia de su alma, claman: *‘Mira mi aflicción y mi trabajo, y perdona todos mis pecados’* (Salmo 25:18)

¿A quién se dirige el poeta? No lo espera de las personas. Tampoco lo espera ya de sí mismo, sino que lo espera del Dios vivo. Porque, al fin y al cabo, aquí dice: *¡Oh, Jehová!* Ni siquiera esa única letra ‘Oh’ está ahí por casualidad. Esa pequeña palabra ‘Oh’ nos revela, por así decirlo, las profundidades mismas del alma de este poeta. Es un desahogo del corazón.

El poeta no solo tenía la gracia, sino que también recibía una guía adicional en la vida de gracia. No era un desconocido para el Jehová trino del Pacto. A ese hombre se le permite presentarse ante el Señor con todas sus preocupaciones, angustias y dolor por el pecado. Te preguntas: “Pero, ¿es eso siquiera posible?” “Si hemos pecado, ¿puede Dios realmente acordarse de un pecador? ¿Puede ser misericordioso con este poeta? Sin duda, Dios no puede tener comunión con el pecado; eso es algo completamente imposible, ¿no es así? Porque el alma que peca, sin duda morirá. ¿Cómo es posible, entonces, que el poeta pueda orar de esta manera: *“Acuérdate de mí”*”

El poeta ha aprendido que hay un pueblo cuyo pecado es castigado en Otro. Antes de que Dios permitiera que el pecado quedara impune, lo castigó con la muerte amarga y vergonzosa de la cruz, sobre Su amado Hijo, Cristo Jesús.

Esto se manifiesta claramente de lo que sigue en nuestro texto. *...en Tu benevolencia para con Tu pueblo*. Aquel hombre había aprendido que existe benevolencia. Cuando llegas a conocer algo de esa benevolencia, de ese beneplácito, también llegas a conocer algo de la fuente, de la causa de ese

beneplácito. Porque, en verdad, la voluntad de Jehová prosperará en la mano del Mediador. (Isaías 53:10)

Congregación, es mi deseo que esto sea lo que nos corresponda a todos. Que no solo miremos hacia nuestro interior, hacia la magnitud de nuestras muchas transgresiones, sino que también se nos conceda mirar hacia Él, el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.

Esa gracia es el beneplácito que movió a Dios desde toda la eternidad. Por eso Dios puede tener pensamientos de paz y no de mal. Por eso un pueblo será salvado; porque Dios lo quiere. Sin ningún mérito por nuestra parte, sino solo por gracia. Eso es lo que el poeta confiesa aquí, y eso es lo que también experimenta.

Solo pueden ser salvados porque el socorro ha sido puesto sobre Uno, sobre Aquel que es poderoso para salvar.

Entonces se cumplirá lo que leemos en el Salmo 139:17 - *¡Y cuán preciosos me son, oh Dios, Tus pensamientos! ¡Cuán grande es la suma de ellos!*

Porque ¿quién puede comprender que Dios, ya en el silencio de la eternidad, ordenó un Redentor? ¿Quién puede comprender que este Fiador se permitió nacer en la mayor de las humillaciones? ¿Quién puede comprender Su camino hacia el Gólgota, para conceder plena satisfacción por ese derecho de Dios violado y, así, salvar a Su Iglesia?

‘Acuérdate de mí, oh Jehová, en Tu benevolencia para con Tu pueblo’. Este es el ardiente deseo del poeta. “Si no me miras, Señor, con esa benevolencia, sino que me miras en mí mismo, entonces deberás pasar de largo. Entonces todo estará perdido. Pero mírame en Él, Tu Hijo amado; mírame en Aquel que es tan querido para Tu Iglesia, tan precioso y, sobre todo, tan necesario”.

‘En Tu benevolencia para con Tu pueblo’. Esa es la verdadera gracia, que no puede ser merecida, y que asesta un golpe mortal a nuestra existencia basada en la justicia propia. Ciertamente, debemos esforzarnos por convertirnos. Eso queda claro en las Escrituras. ¡Volveos, volveos! Pero tendremos que descubrir que no podemos volver por nosotros mismos. Que la oración de Agustín sea, pues, la nuestra: “¿Nos darás, Señor, lo que Tú nos mandas? Tú nos mandas que nos volvamos. Pero conviértenos, y nos convertiremos”.

Quien llegue a comprender verdaderamente algo del favor del Señor, aprenderá que la salvación es una salvación completa. Imposible por parte del hombre, sin

duda, pero por parte de Dios todo es posible. ¡Es a través de Él, solo a través de Él, por Su eterno beneplácito! Si se requiere algo por nuestra parte, entonces estaría perdido para siempre. Cuando el Señor nos abre el corazón y los ojos a esto, llegamos a experimentar lo que está escrito en 1 Pedro 2:7 (RVR1960)- *‘Para vosotros, pues, los que creéis, Él es precioso’*.

‘En Tu benevolencia para con Tu pueblo’. Ese es el deseo del poeta. ¿Tenemos también nosotros ese deseo, congregación? ¿O solo lo oímos con los oídos, pero por lo demás nos resulta ajeno? Hagámonos sinceramente esta pregunta en nuestro corazón: ¿Conocemos ahora estas cosas? ¿Es una realidad para ti? ¿Podría ser cierto que haya personas escuchando que digan: “¡Oh Señor, eso lo sabes Tú! Tú lo sabes todo; ¡Tú sabes que te amo! ¡Acuérdate de mí! Lo único que puedo hacer es suplicarte misericordia y que no me rechaces”.

¿Tienes tú también ese ardiente deseo que el Señor te mire? Qué deseo tan precioso es ese. No lo tenemos por nosotros mismos. Salmo 53:2-3 *‘Dios miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido que buscara a Dios...no hay ni aun uno’*.

Cuando aquí, en este salmo, oímos hablar a un hombre que no puede vivir separado del Señor, ¡oh!, entonces vemos la gracia tan claramente glorificada aquí. ¿Que así sea también en nuestras vidas, que nos encomendemos al Dios de toda gracia? A pesar de nuestra maldad, a pesar de nuestro pecado, suplicándole que mire a nosotros en Cristo, Quien con un solo sacrificio ha perfeccionado para siempre a todos los que son santificados.

El salmista continúa: *‘visítame con Tu salvación’*. Ese es su anhelo. Consuela mi alma en todo su llanto y dile: *“Yo soy tu salvación”*. En el texto original, la palabra ‘salvación’ tiene varios significados. Puede significar: ‘Visítame con Tu ayuda’. Puede significar: ‘Visítame con Tu salvación’. Incluso puede significar: ‘Visítame con Tu Salvador’.

Primero: ‘Visítame con Tu ayuda’. Es algo grandioso que necesitemos la ayuda del Señor en la vida diaria. Que no solo necesitemos al Señor al final de nuestra vida, cuando vayamos a morir, sino que lo necesitemos para todo en nuestra vida diaria. También para nuestro trabajo diario, en la medida en que aún se nos permita trabajar.

Sin embargo, la segunda es más importante cuando dice: ‘Visítame con Tu salvación’. Porque si necesitamos la salvación, entonces también somos conscientes en cierta medida de nuestra miseria. Si llego a necesitar la salvación, entonces sé que no puedo ser salvado más que como una persona miserable. Por lo tanto, sin duda debe haber espacio en mi vida para la salvación.

¿Y cómo llego a ser miserable? A través de un proceso de revelación, a medida que el Señor me enseña lo que ocurrió en el paraíso. Cuando me doy cuenta de que tengo un historial de culpa que se extiende desde la tierra hasta el cielo y de que solo puedo aumentar esa culpa día tras día.

Si comprendo verdaderamente algo de mi miseria (y decimos esta palabra con toda humildad), ¿saben lo que eso significa? Entonces soy indigno y he perdido todos mis derechos. Entonces Dios es justo en todos Sus caminos y obras. Entonces sería justo que Dios pasara de largo ante mí. Entonces nos haríamos merecedores del infierno. Eso sería completamente justo.

‘*Visítame con Tu salvación*’. ¿Es eso posible? ¿Tanta gracia para un pecador como yo? Sí, congregación, ¡es posible! Pensad en Jacob: ‘*Tu salvación esperé, oh Jehová.*’ (Génesis 49:18). Pensad en Simeón: ‘*Porque han visto mis ojos Tu salvación.*’ (Lucas 2:30). Entonces tendrás tal gracia en tu alma que habrá paz por dentro y paz por fuera. Allí donde está la salvación, ‘*se saciarán de la grosura de Tu casa, y Tú los abrevarás del torrente de Tus delicias.*’ (Salmo 36:8).

Pero ahora, por encima de todo, el tercer significado: ‘Visítame con Tu Salvador’. Oh, cuando se nos concede vivir en sincera unión y comunión con Él, que es el Fiador de Sion que lleva nuestra culpa y paga nuestra deuda, entonces tú mismo te desvaneces y Él permanece. Entonces, a veces, podrás ver al Rey en Su belleza. Entonces desearías que el culto nunca terminara. Entonces recibes un pequeño anticipo del cielo.

Ese es el futuro que le espera a Sion, muy pronto, cuando puedan cerrar los ojos aquí y luego abrirlos en la eternidad. ¡Oh, Iglesia del Señor, ¡entonces estaremos con el Señor para siempre! Entonces se cumplirá verdaderamente lo que dijo Asaf: ‘En tierra y cielos, ¿a quién amo, oh Dios, sino a Ti? Mi alma se desmaya, más viene mi fuerza. Oh, siempre Jehová es para mí’. (Salterio 204:3).

‘*Visítame con Tu Salvador*’. Cuando se haga realidad que el Señor haga eso, cuando el Señor rompa los cielos y descienda de esta manera, oh, entonces sin duda te

darás cuenta. Entonces sin duda te regocijarás - *‘Mi fortaleza y mi canción es Jah, y Él me ha sido por salvación.’* (Salmo 118:14).

Entonces no puedes permanecer en silencio cuando el Señor vuelve a tocar tu corazón. Cuando ocurre por primera vez, es inolvidable. Pero cuando vuelve a suceder a través de la renovación, se convierte en un milagro aún mayor. Un milagro cuando, tras haber recibido la gracia, a veces te arruinas tan terriblemente ante Dios. Cuando pasas innumerables días caminando lejos de la presencia del Señor. Cuando entonces el Señor entra de nuevo en tu vida como el fiel Jehová de Pacto, Cuya fidelidad nunca queda anulada por la infidelidad de Su Iglesia. Ese Dios es nuestro Dios de la salvación.

‘Visítame con Tu salvación’. Oh, ojalá pudiera encontrar las palabras, congregación, para proclamar en medio de ustedes que hay salvación. Porque no pienses que Dios es tacaño. Dios no tiene ninguna obligación para con nosotros, pero sí para consigo mismo. Pues desde la eternidad ha elegido a un pueblo, del cual está escrito: *‘Este pueblo he creado para Mí; Mis alabanzas anunciarán.’* (Isaías 43:21). Y Él guiará fielmente a ese pueblo. *‘Te haré entender y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré Mis ojos.’* (Salmo 32:8).

Pasa mucho tiempo de rodillas y suplica: “Señor, ¿qué quieres que haga? Oh, revive mi corazón a través de Tus caminos. Oh, visita una vez más la obra de Tus propias manos. Sé mi escudo en medio de la lucha”. A causa del pecado, estamos sometidos a toda clase de miseria. A causa del pecado, la tierra nos produce espinas y cardos. Aquí abajo todo es un desierto. Sin embargo, a veces, Dios nos da, en el desierto, un Elim, un lugar de descanso cuando dice: “Venid a Mí un momento y descansad un rato, no sea que el camino os resulte demasiado pesado”.

‘Visítame con Tu salvación’. Y con ello llega la sincera confesión de Sion ante el Señor: “Señor, soy incurable, pero Tú eres inmutable. Oh Señor, muéstrame una vez más que me conoces. Pues una sola muestra de Tu favor me fortalece más que los mejores manjares”. Este anhelo se percibe en este deseo profundo y ardiente. ¿Sabemos algo de ello? ¿Podemos seguir al poeta?

El poeta lo sabía: si el Señor respondía a su oración y colmaba su deseo, entonces sabía exactamente lo que sucedería a continuación. ¿Saben por qué lo sabía? Porque lo había aprendido en tiempos pasados. Aquel hombre también poseía una

certeza reconfortante. Y ese es nuestro segundo pensamiento. **Pero primero, cantemos juntos el Salterio 221:1,3.**

2. Un conocimiento reconfortante

Cuando el salmista pregunta: *‘Acuérdate de mí, oh Jehová, en Tu benevolencia para con Tu pueblo; visítame con Tu salvación’*, es porque sabe, por experiencia pasada, lo que ocurre cuando el Señor visita el alma para renovarla.

Luego, en el quinto versículo, se repite dos veces: “para que”. *‘Para que yo vea el bien de Tus escogidos’* y *‘Para que me goce en la alegría de Tu nación y me gloríe con Tu heredad’*. “Señor, si me visitas con Tu salvación, entonces todo esto sucederá.”

‘Para que yo vea el bien de Tus escogidos’. Ver va más allá de simplemente mirar. Podemos mirar algo y, un instante después, mirar otra cosa. Pero ‘ver’ significa ‘contemplar’, observarlo desde todos los ángulos y examinarlo por todos los lados, y estar constantemente inmerso en ello.

‘Para que yo vea’ ¿Ver qué? *‘El bien de Tus escogidos’*. El bien de los elegidos es muy grande. *‘¡Cuán grande es Tu bondad, que has guardado para los que te temen!’* (Salmo 31:19).

¿Qué es *‘el bien de Tus elegidos’*? Pues bien, querida congregación, es la gracia de Dios desde el principio y de forma continua. Es la guía de Dios en nuestras vidas. Es la mano protectora de Dios. Son los apoyos, a veces esos apoyos ocultos. Son las enseñanzas. En resumen: contemplar el bien de los elegidos abarca toda la vida de gracia. Pero, sobre todo, es Dios mismo. Dios mismo es, en el sentido más profundo, *‘el Bien’* de Sus elegidos. Salmo 25:8: *‘Bueno y recto es Jehová’*. Pero, ¿cómo es eso posible? ¿Quién puede ver a Dios y seguir con vida? ¿Acaso no es Dios un fuego consumidor y una llama eterna, con Quien nadie puede habitar? Ciertamente, cuando Dios nos mira fuera de Cristo, así es. Pero en Cristo, Él es un Dios clemente y misericordioso.

‘Para que yo vea el bien de Tus escogidos’. Si podemos ver el bien de los elegidos, entonces vemos la obra del Dios Trino. Por un lado, vemos la justicia de Dios, que no escatimó a Su Hijo unigénito, sino que lo entregó como rescate para muchos. Al Señor le complació quebrantarlo. Por otro lado, también vemos la misericordia

insondable de Dios, en que Él ahora, en Cristo, desea tratar con los más grandes pecadores. La mente se llena de asombro cuando intento comprender esa maravilla. Entonces solo queda la humildad. Entonces solo queda el reconocimiento del Señor. Si pudiéramos percibir algo de ese favor Paternal, entonces se haría realidad lo que está escrito en el Salmo 25:14 – *‘El secreto de Jehová es para los que lo temen, y a ellos hará conocer Su pacto.’*

‘Para que yo vea el bien de Tus escogidos’. Esto también significa contemplar a ese querido Fiador y Mediador, de quien leemos en Juan 1:14 – *‘Y vimos Su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad’*.

Si ves algo del Rey en Su hermosura, oh, entonces desearías tener mil lenguas para magnificarlo, mil pies para correr hacia Él, mil brazos para abrazarlo. Entonces el alma encuentra cada vez más abundancia para alabar a Dios, y resuena la oración: “Señor, visítame con Tu salvación. Oh, ¿vendrás a mí? Que Tu rompieras los cielos. Que Tu gloria se levante del polvo”.

‘Para que yo vea el bien de Tus escogidos’. Esto también va de la mano con la obra del Espíritu de Dios. Porque es el Espíritu de Dios quien da vida. Si se te concede deleitarte y regocijarte así en las obras del Señor, entonces desearías lo mismo para todos. Oh, entonces simplemente no puedes evitar hablar de ello. Por supuesto, los sabios sabrán el momento y la forma; sin embargo, cuando la salvación te resulta posible a ti, sin duda también lo es para otro. Entonces surge esa profunda adoración: “¿Por qué fui elegido yo, mientras tantos otros se pierden, a quienes Tú no concedes misericordia?”.

Ahora, la segunda parte: *‘Para que me goce en la alegría de Tu nación y me gloríe con Tu heredad’*. Hay personas que a veces piensan que nosotros, los que asistimos regularmente a la iglesia y pertenecemos a las Congregaciones Reformadas, siempre caminamos con la cabeza gacha. Lo sé, muchas almas atribuladas suelen bajar la mirada y suspirar: ‘Mírame y ten misericordia de mí, porque yo estoy solo y afligido’. Eso es cierto y, sin embargo, a veces es diferente. Salmo 3:3 — *‘Mas Tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí; mi gloria, y el que levanta mi cabeza’*. Entonces se habla de alegría. No solo hay un dolor sincero por haber pecado tanto, sino también esa alegría sincera en Dios, a través de Jesucristo. *‘Y cantarán de los caminos de Jehová, porque la gloria de Jehová es grande.’* (Salmo 138:5).

Sí, entonces puede haber un gozo que es extraño para el mundo, que la religión superficial no conoce, pero en el que el pueblo de Dios encuentra su deleite y su gozo santo. Entonces reciben aquí esos anticipos del cielo. Porque aquí, por grande que sea el gozo, es solo en parte. Pero eso pronto cambiará. Infinito será entonces el gozo de quienes vean el rostro de Dios eternamente, recibir el deseo de su corazón.

‘Para que me goce en la alegría de Tu nación y me gloríe con Tu heredad’. Entonces no sabes hasta qué punto debes inclinarte. ¡Qué gran postración ante el Señor es esa! Entonces tú mismo no tienes que contar para nada, sino que Dios lo es todo y tú no eres nada. Bienaventurado, bienaventurado, ser nada a los propios ojos ante Dios. Salmo 26:12 – *‘Mi pie ha estado en rectitud; en las congregaciones bendeciré a Jehová.’*

El poeta añade: *‘Para que...me gloríe con Tu heredad’.* Así es como él llama a la Iglesia del Señor: heredad, la herencia que Dios ha elegido para sí mismo desde la eternidad. Aquí se afirma claramente que la heredad del Señor puede gloriarse. No en sí misma, no en su vida exterior, no en lo que hace o deja de hacer, sino en lo que Dios ha hecho. *‘¡Te alabaré para siempre, porque Tú lo has hecho!’* (Salmo 52:9). Aquí tienen la gracia gratuita. No, el poeta no desea atribuirse el mérito de nada; puede caminar a costa de Otro, que lo compró con Su preciosa sangre. El poeta no era ajeno a esto. Pueblo de Dios, por un lado, deben lamentaros: “Hemos pecado”. Pero si también conocen algo de ese gozo espiritual, oh, entonces conocen algo del poder de la expiación por medio de la sangre. *‘En quien tenemos redención por Su sangre, la remisión de pecados.* (Colosenses 1:14). Entonces admitís con alegría: “Queda excluida toda jactancia”. Entonces Dios recibe Su honor y el alma recibe la salvación.

Que el Señor se acuerden de ustedes, congregación. Que Él nos conceda que, en estos tiempos en los que abunda la iniquidad, podamos seguir viendo que el Señor no ha retirado por completo Su mano, sino que cumplirá Su Palabra. *‘Y he aquí, Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.’* (Mateo 28:20).

El salmista del Salmo 106 tenía gracia. ¿La tenemos también nosotros, congregación? ¿Aún no? Es algo que todavía se puede obtener. *¡Mirad a mí y sed salvos, todos los términos de la tierra!* (Isaías 45:22). *‘¡Dame, hijo mío, hija mía, tu corazón!’* (Proverbios 23:26). ¿Y qué clase de corazón es ese? No es un corazón

santo. Si el Señor pidiera un corazón santo, todos estaríamos perdidos. Pero Él pide tu corazón tal y como es por naturaleza: incapaz de ningún bien espiritual e inclinado hacia todo mal. El corazón del hombre, dice Solomon en Proverbios, no vale de mucho. Y entonces ese Dios, que no necesita ser servido por manos humanas, pide: “*¡Dame tu corazón!*”. ¿Es eso demasiado también para nosotros? ¿No pone de manifiesto nuestro terrible estado de muerte?

Niños, pedid al Señor: “Inclina mi corazón, Señor, y dirígelo al temor de Tu Nombre”. Ancianos: este es el camino; andad por él. ¿Nos damos cuenta de verdad de que no tenemos aquí ciudad permanente? ¿De que este mundo está pasando? Y si hoy volvemos a oír que hay más gracia que pecado, y sin embargo morimos sin arrepentirnos, ¡qué despertar será ese, qué realidad tan terrible será en la eternidad!

Ahora todavía es el tiempo de la gracia. Moisés dijo: *‘Enséñanos de tal modo a contar nuestros días que traigamos al corazón sabiduría’*. (Salmo 90:12).

Pueblo del Señor. El pastor Ledebøer dijo una vez: “No necesito ir al frente, siempre y cuando pueda seguir adelante”. Que el Señor nos lo conceda. *‘Acuérdate de mí, oh Jehová, en Tu benevolencia para con Tu pueblo; visítame con Tu salvación, para que yo vea el bien de Tus escogidos, para que me goce en la alegría de Tu nación y me gloríe con Tu heredad’*. Así pues, el Dios Trino es la gloria de Su Iglesia. Entonces ellos cantan: “Tú eres, oh Dios, la gloria de nuestro poder. Tu gracia soberana es siempre nuestra fortaleza y nuestra torre”. Entonces, los ojos pueden, a veces, levantar la vista. “Levantamos la cabeza, pues Dios, nuestro Escudo, está sobre nosotros. ¡Por Él, solo por Él, Cuya presencia nos precede!”.

Amén.